

LUISA PEREZ DE MONTES DE OCA

Nació en una pequeña finca en las inmediaciones de la villa del Cobre en Santiago de Cuba el año de 1837. Conocida por algunas obras que aparecieron en algunos periódicos de provincia y de la Habana, era considerada como una joven de esperanzas, cuando en 1857, dió á luz un volumen de poesías, que las hizo justas, y que ha asegurado su modesta fama. A esto se reducen los datos biográficos que nos hemos podido proporcionar, debiendo solo añadir que, pobre y campesina, sin libros y sin maestros, apenas era conocida en su mismo departamento cuando aparecieron sus primeras obras. Y si á esto añadimos que sus costumbres son tan puras, como bellos sus versos, y que alterna el cultivo de las letras con las labores de su sexo, parece justa esa triple corona de laureles, rosas y azahares con que su patria adorna ya su frente.

Forma el carácter distintivo de las poesías de Luisa Perez, un fondo de ternura delicada, de apacible tristeza resignada y de franca expansion, que desliza en el alma una sensación de bienestar indefinible. Grave y reflexiva, la musa que la inspira engalana no obstante sus serias meditaciones con los sencillos adornos de un estilo florido á veces, y otras con la sonora entonacion de la mas elevada poesia.

EL LIRIO

Una mañana deliciosa y pura,
De esas que brillan en mi patria amada,
En que el alma contempla embelesada
El aspecto risueño de natura,
Por un valle de hermosa perspectiva
Vagaba yo callada y pensativa.

El canto de una tórtola sencilla
Causó á mi herido corazon tristeza,
Y dirigí mi planta con presteza
De un manso arroyo á la frondosa orilla;
Allí mi seno palpó gozoso
Un cuadro contemplando delicioso.

Un pavimento de esmeralda ameno
Nunca agostado por ardiente Estío,
Coronado de gotas de rocío
Luce á mis ojos de frescura lleno,
Y en él vertiendo delicado asoma
Un blanco lirio con modestia asoma.

Un lirio era de color de perla
Que del arroyo al agua cristalina
Su corola inclinaba peregrina
Cual si quisiera con placer beberla
Y así su cáliz perfumado mueve
El aura suave, vagorosa y leve.

Inspira pensamientos apacibles
Su nevada y poética blancura,
Y al soplo halagador del aura pura

Agitanse sus pétalos flexibles;
Y ya busca, meciéndose, ya deja
La corriente fugaz dó se refleja.

Como juega feliz niño inocente
De un arroyuelo en la ribera grata,
Y en el torrente de disuelta plata
Posa y retira la rosada frente,
Así jugar al lirio yo veía
Con el cristal que bajo dél corria.

Del lirio contemplé la forma bella
Retratada en los líquidos espejos,
Y del sol los espléndidos reflejos
Lo hacian lucir como serena estrella,
Y yo, viendo sus galas, disfrutaba
Un placer celestial que me embargaba.

Porque gracioso en el esbelto tallo
Como un vaso riquísimo de esencia
La frente rebosada de inocencia
Del Sol alzaba al amoroso rayo;
Mas luego que la luz lo fatigaba
Al agua tembloroso se inclinaba.

A esa flor de castísima pureza
Un suave afecto natural me liga,
Y ella siempre será mi dulce amiga,
Y la flor que engalana mi cabeza;
Siendo todo mi encanto y mi delirio
Ir al valle á cuidar mi blanco lirio.

LA TARDE EN EL CAMPO

En un bosque espesísimo y sombrío
Dó goza el alma misterioso encanto,
Y de la inspiración el fuego santo
Se siente al contemplar la creación:
Donde al impulso de ligera brisa
Doblan su frente el bambú y la palma,
Y su murmullo la perdida calma
Le torna al agitado corazón.

Donde crecen el lirio y la violeta,
Frescos y á solas entre verde grama,
Y dó para el poeta se derrama
Un raudal de sencilla inspiración.
Allí en su dulce soledad, cercada
De sombras, de misterios y tristeza,
Mi vista, mis sentidos, mi cabeza
Se abisman en feliz contemplación.

Derrama el Sol ya lánguidos sus rayos
Por entre grupos de impalpable bruma,
Que en copos nadan de ligera espuma
Sobre lagos de lindo tornasol.
Un arroyuelo con placer se tiende
Como una lista de brillante plata,
Y en su risueña claridad retrata
Su frente de oro el moribundo sol.

Fugaz la brisa con susurro blando
Entre las flores se columpia leve,
Y con tan suave languidez las mueve
Que ni aun hace sus pétalos temblar.
Y la agradable oscuridad del bosque,
La sombra dulce que la tarde viste,
De un sol poniente la hermosura triste
¡Cuánto saben el alma penetrar!

Las horas apacibles de la tarde
Serenas y tranquilas se deslizan,
Mientras las auras vespertinas rizan
Del lago los cristales al pasar.

UNA OFRENDA Á LA VIRGEN

Aunque de eternas y brillantes luces
Está tu frente virginal ceñida,
Luces que eclipsan tus supremos ojos,
Reina del cielo;

Y aunque guirnaldas y gloriosos ramos
Entre un concierto de celestes voces

Y el alma llena de tristeza escucha
El ténue y misterioso murmurio
Que con ondas ligeras forma el río
Entre arenas de oro al resbalar.

Allá en el cielo transparente y puro
Terso lucero fulgido destella,
Y á su lado derrama blanca estrella
Suave apacible, tímido fulgor.
Y yo, sensible, á tan hermoso cuadro,
De lo grande y sublime fiel poema,
Siento bullir inspiración suprema
Siento en el alma celestial ardor.

Ora cubre el azul vago y profundo
De nuestro dulce y luminoso cielo
Cual tersa blonda ó pavoroso velo
Celaje de oro, nácar y arrebol.
Ya de las fuentes las inquietas aguas
Hiere del sol el último destello
Que moribundo, vacilante y bello
Á darle viene el postrimer adios.

Parece ahora que natura muere,
Pero en toda su gracia y su belleza
Llena de dulce y lánguida tristeza
Cual de una virgen la divina faz.
Parece ahora que extasiada goza
Una dicha celeste, indefinible,
Pero esa dicha suave y apacible
Que revela tan solo dulce paz.

Todo es ternura, languidez, encanto,
Plácida paz, tranquilidad dichosa,
Grata tristeza, calma voluptuosa,
Bello abandono, dulce soledad.
Y en armonía mi sensible pecho
En hora tal con la gentil natura,
Ya siente calma, languidez, dulzura,
Ya goza celestial felicidad.

Los querubines á tu paso riegan,
Fuente de gracia;

Y por alfombras el azul del cielo,
La luna, el sol y las estrellas todas
Entre el incienso de tu gloria eterna

Huellan tus plantas;

Admite grata mi sencilla ofrenda
Humilde, sí, pero sincera y pura
Cual las que allá en la eternidad te ofrecen
Manos sagradas.

Admite, sí, con tu ternura inmensa,
Con tu infinita y singular dulzura
Mi pobre ramo de modestas flores
Flores que beso.

Y al colocarlas á tus pies divinos,
Llena de puro y religioso encanto,
Juzgo mirar en tu adorable boca
Blanda sonrisa;

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Dulce, vaga, temblorosa,
Y en el misterio velada,
Parece pupila hermosa
Que al mundo mira piadosa
De lágrimas arrasada.

Y tal parece que existe
Nublando su luz el lloro,
Que nadie al verla resiste
Entreabrir lánguida y triste
Sus largas pestañas de oro.

Y el brillo dulce y templado
Que exhala en vaga inquietud,
Es triste como el pasado,
Como el recuerdo, sagrado,
Casto como la virtud.

Y si un momento rutila
Brillante allá en el espacio,
Y en blancas hebras destila
Risueña, dulce y tranquila
La suave luz del topacio,

De repente palidece;
Y de occidente en los mares
Casi apagada se mece
Como aquel que se adormece
Por olvidar sus pesares.

Y no su disco retrata
La clara linfa del río,
Ni los torrentes desata
De sus destellos de plata,
De luz bañando el vacío.

Que si cruzan seductoras,
Trémulas, radiantes, vivas,
Partículas brilladoras,

Sonrisa llena de bondad sublime,
De amor intenso y celestial dulzura
Que se derrama por mis venas todas
Suave, apacible.

¡Oh! madre mía! mientras yo contemplo,
Llenos de llanto los humildes ojos,
Tu faz augusta en que radiantes brillan
Célicas gracias;

Sobre mi frente que humillada inclino
Fija tu santa y celestial mirada,
Para que goce el corazón, Señora,
Dicha suprema.

Gotas de oro osciladoras
Por el aire fugitivas;

No son sus tristes reflejos
Cuyo brillo el brillo mata,
Y que parecen de léjos
No deslumbrantes espejos,
Sino alfileres de plata.

Y.... ¿qué será.... qué deseo
Al verla asomar tan triste
Llorar mucho, mientras creco
Que en su tez pálida leo
Una dicha que no existe?

¿Qué simpática tristeza
Llena de santo misterio,
De castidad y pureza
Le dá tan rara belleza
Y sobre mi tanto imperio?

Y ese dolor silencioso
Que tanto la diviniza,
Ese pesar misterioso
Con mi númen doloroso
¿Por qué tanto simpatiza?

¡Oh! cómo mi pecho adora
Su desmayada belleza!
Y cómo á raudales llora,
Porque para mí atesora
Un poema de tristeza!

Y entonces en llanto deshecho
Y mas que nunca sombrío,
Siente agitado mi pecho
Que vá al corazón derecho
Su rayo pálido y frío.

Pues me revela callada
Algo que yo no adivino
De una memoria sagrada,
De una ilusión adorada
Ó de un recuerdo divino.

Reina de la tarde quieta,
Ceñida de rayos de oro,
Brinda paz á mi alma inquieta,
Y estas lágrimas sujeta
Que supersticiosa lloro.

Que es muy dulce al alma mía
Tu aparición á esta hora
En que finaliza el día,
Y en que la melancolía
Voluptuosa me enamora.

¡Cuán triste y lánguidamente
Brilla tu fulgor risueño!
Mas cuán ansiosa mi mente
Busca en tu luz transparente
La vaga ilusión de un sueño?

Melancólica dulzura
Hallé siempre en tu sosiego,
Mas también en tu hermosa
Un no sé qué de amargura
En que á mi pesar me entrego.

¿Por qué tu luz dulce y triste
¡Ay! tocá del pecho mío,
Que oculta tristeza viste,
La cuerda fácil que existe,
Á todo afecto sombrío?

¿Por qué siento vagamente
Todo mi ser desmayar
Á tu luz tibia, inocente,
Y siento secretamente
Hondo impulso de llorar?

Y tenaz tu curso lento
Quiere mi vista seguir
Por no sé que sentimiento
Ó vago presentimiento
Que hace mi seno latir?

¿Qué unión de dolor y encanto
Tiene tu casta hermosura
Que gozo y padezco tanto
Y siento correr el llanto,
Inundada de dulzura?

¿Quién eres, estrella hermosa,
Que parece que me miras
Sonriéndome cariñosa
Y entre dulce y misteriosa,
Tristeza y placer me inspiras?

¡Oh! di, di; ¿qué me revelas?
Cuando en azul te sepultas
Y ruborosa te velas?
¿Será que llorar anhelas
Y de mi vista te ocultas?

¿Por qué de súbito siento
Hecho el corazón pedazos
Profundo, vivo tormento
Y me arranca el sentimiento
Luego á tenderte los brazos?

¿Por qué tu círculo vano
Contemplo tan fijamente
Como buscando un arcano
Con la mejilla en la mano
Y un pensamiento en la frente?

Un pensamiento que adoro,
Eterno, constante, cierto,
Un sueño con alas de oro,
Un bien que perdido lloro
Un recuerdo nunca muerto.

Ensueño, bien y memoria
Que adoro como á mi madre,
Flor arrancada á mi historia
Cuya esencia está en la gloria
Y es.... ¡Dios eterno!... mi padre.

Padre.... oh! padre de mi vida!
Mira mi llanto deshecho
Á tu memoria querida,
Que ha lastimado la herida
Mas dolorosa del pecho.

Padre, dulce padre mío,
¿Serás tú acaso la estrella
Que en mi semblante sombrío
Posa su reflejo pio,
Triste, apasionada y bella?

Y tú, lucero apacible,
En cuya plácida calma
Halla mi pecho sensible
Un encanto indefinible
¿Eres de mi padre el alma?

¡Oh! sí, déjenme creerlo
Que así goza el alma mía
Porque juzga poseerlo,
Y no en ilusiones verlo
Como en otro tiempo hacía.

Así del dolor la huella
Tal vez mi alma no taladre....
Dejadme, ilusión tan bella!
Sí, padre, tú eres la estrella;
Y tú, estrella, eres mi padre.

A MI AMIGO A. L.

AL QUERER RETRATARME SOBRE UN PEDESTAL CORONADA DE LAUREL

Y PULSANDO UNA LIRA

Mi noble amigo,
El delicado y generoso obsequio
Conmovida agradezco, mas no quieras
Verme subir al pedestal que me alzas
Con la vista inclinada y con la frente
Por tí ceñida de laurel glorioso
Teñida de rubor.... no, amigo mío,
Pinta un árbol, mas bien, hojoso y fresco
En vez de pedestal, y á mí á su sombra
Sentada con un libro entre las manos
Y la frente inclinada suavemente
Sobre sus ricas páginas, leyendo
Con profunda atención; no me circundes
De palmas, de laureles y de rosas
Sino de fresca y silenciosa yerba,
Y en lugar de la espléndida corona
Pon simplemente en mis cabellos lisos
Una flor nada mas, que mas convienen

Á mi cabeza candorosa y pobre
Las flores que los lauros....

No me pintes mas blanca ni mas bella;
Píntame como soy, trigueña, joven,
Modesta y sin belleza; y si te place
Puedes vestirme, pero solamente
De muselina blanca, que es el traje
Que á la tranquila sencillez de mi alma
Y á la escasez de la fortuna mía
Armoniza mas bien.... Píntame en torno
Un horizonte azul, un lago terso
Y un sol poniente cuyos rayos tibios
Acaricien mi frente sosegada.

Píntame así; que el tiempo poderoso
Los años hundirá con ráuda prisa
Y despues que esté muerta y olvidada
Á la sombra del árbol silencioso
Siempre leyendo encontrarás á Luisa.

EL SÁBIO EN SU PATRIA

Le ves pasar, y con nativo orgullo
Su frente grave y majestuoso paso
Al extranjero envanecido enseñas
Y tú no le haces caso.

Le ves gemir en la indigencia amarga
Que intensa abruma su cabeza augusta,
Y con profunda indiferencia dices
Que la patria es injusta.

Que es digno, clamás, á la faz del mundo
De eterna gloria y de constante aprecio,
Mientras que tú con insolente orgullo
Solo le das desprecio.

Ves que el estudio y el insomnio ardiente
Su faz marchitan venerable y séria,
Ves que trabaja sin cesar y siempre
Vegeta en la miseria.

Ves de sus obras la grandeza, miras
De asombro ante ellas las naciones mudas
Y al apóstol sublime, al hombre grande
Ni aun siquiera saludas.

¿Y es esa, acaso, la brillante gloria,
El estrellado y luminoso cielo
Que debiera esperar la frente ilustre
Que marchitó el desvelo?

¿Es esa, acaso, la corona de oro
Con que debieran adornar sus sienes?
¿Son esos ¡ay! de su fatiga en premio
Las flores y los bienes?

¿Es ese, pues, el patrimonio rico
Que el mundo ofrece con placer siniestro
De cien naciones y ciudades cultas
Al sublime maestro?

Y ese el tributo que la patria brinda
Al que gloria le diera, honor y lustre,
Y ese el respeto que los hombres deben
Al desgraciado ilustre?

¿Mas no fué tal el pago que á los sábios
Dió siempre el mundo estúpido y severo?
No fué ese el premio que Colon obtuvo
Y ese el que tuvo Homero?

¡¡Patria!! nombre querido cuanto hermoso;
 Pero que trata con fatal dureza
 Al ser augusto que gimiendo guarda
 Un mundo en la cabeza.

Al hombre heroico que la hiel apura
 Por dar páginas bellas á su historia,
 Al noble mártir que sonriendo muere
 Por inundarla en gloria

Al que estudiando envejeció su frente,
 Al que llorando consumió sus años,
 Y al que bajara hasta la tumba misma
 Probando desengaños.

¡Oh patria injusta! si en lugar de acibar
 Al que otros mundos en la frente encierras
 Le diéses noble proteccion, tendrías
 Un dios sobre la tierra.

SONETO

Dicen que cuando cubre la pureza
 Una frente de virgen con su velo,
 Suaves miradas le dirige el cielo
 Y le dan las estrellas su belleza.

Pero si el vicio mancha su limpieza
 Vertiendo en ella su funesto hiel,
 Levanta el ángel de su guarda el vuelo
 Y Dios torna á otro lado la cabeza.

Yo en el mundo soy jóven y soy pura;
 Divino Salvador, Dios poderoso,
 Contémpleme tus ojos con ternura

Y que el ángel me guarde cuidadoso
 Pues cayera á tus piés agonizante
 Si tú al verme volvieras el semblante.

JUAN FRANCISCO MANZANO

Nació en la Habana en 1806. Era de raza etiópica y esclavo de condicion. Pero ni su miserable estado ni los obstáculos que necesariamente debian presentarse, fueron rémora bastante á ahogar en su alma el germen de la poesia, ni el impulso que le arrastraba á cultivar la literatura. Verdaderamente causa extrañeza ver á ese desventurado pária de la sociedad cubana, cantar en melancólicos versos los años que han pasado sobre su cabeza; recordar á la vista del *soberbio cerro de Quintana*, á su perdida Lesbia; y últimamente en la mejor de sus composiciones, pintarnos su tímido y respetuoso amor por la mestiza Lesbia, con palabras escogidas, dición pura y sentimental tristeza. La disposicion que demostraba Manzano para las bellas letras y su condicion servil, commovieron el alma generosa de algunos jóvenes ilustrados; y merced á una suscripcion que se llenó prontamente, pudo Manzano comprar su libertad.

Tan cierto es que no hay estado, por miserable que parezca, en que no pueda el hombre, con su inteligencia, conquistar el puesto que por sus prendas merece! La libertad de Manzano fué sin embargo, al parecer, una pérdida para su porvenir y para las letras cubanas, por que aunque ya desde el año 1837, gozaba de ella, su lira no volvió á resonar, al ménos de una manera digna de su antiguo nombre.

ODA Á LA LUNA

Luna, hermosa deidad que el sér supremo
 Creó despues del sol, de cuya frente
 Nace tu luz de paz, cuando al extremo
 Del ocaso profundo
 Ledo parte; y al mundo
 Tu sola majestad llena clemente
 De infalible placer, y el alma mia
 Por tu excelsa region su canto envia.

Hora tus gracias todas á mis ojos
 Brillan, de amenidad y de belleza
 Vida y ser fecundando en los manojos
 De las distintas flores
 Que en fragantes olores
 Con tu influjo brotó naturaleza;
 Cuyos pensiles cuanto mas te empinas
 Embalsaman la esfera que iluminas.

Así siempre de Cuba al venturoso
 Suelo, derrames tu candor divino,
 Y en pura calma, y en perenne gozo
 Desde el dulce Almendares
 Te sigan los cantares
 De la paz, del amor y del destino
 Que ofrece al vate que sus linfas besa,
 Virtud, inspiracion y fortaleza.

¡Cuántas tranquilas noches esquivando
 El sueño te admiré!... bajo algun sauce
 La pensativa frente reclinando,
 Velaba tus reflejos
 Y oyendo desde léjos

El resonante hervir del hondo cauce
 Dó fragoroso Agusti despeñaba,
 ¿No fué allí tu deidad quien me inspiraba?

¡Benéfica impresion! yo te saludo
 Por cuanto se dilata la corriente
 Que llevó con mi edad el tiempo mudo;
 Volaron los floridos
 Años que ya perdidos,
 En vano busco con tu luz presente:
 Mas hoy de tus mismos movimientos
 Renacén mis pasados pensamientos.

Contemplándote allí, mi mente inculta
 Osó juzgarte punto indivisible
 De otro mundo feliz donde se oculta,
 Por un divino arcano
 Otro género humano,
 Otra especie tan pura cual sensible,
 Cuya sabiduría luminosa
 En la esencia inmortal de Dios reposa.